

## **Siete tesis equivocadas sobre Brasil en el contexto latinoamericano: una relectura de las tesis de Stavenhagen aplicadas a Brasil**

Paulo Roberto de Almeida

([www.pralmeida.org](http://www.pralmeida.org); [pralmeida@me.com](mailto:pralmeida@me.com))

Seminario: “Nuevas miradas tras medio siglo de la publicación de ‘Siete Tesis Equivocadas sobre América Latina’” (Colegio de México; 25-26 junio 2015; e-mail: [seminario7tesis@colmex.mx](mailto:seminario7tesis@colmex.mx); seminario: <http://ces.colmex.mx/convocatoria-sete-tesis>).

### **Resumen:**

El artículo examina el proceso de modernización económica y social en Brasil, mediante una discusión fundamentada en la historiografía y en la sociología del desarrollo brasileño, con base en las mismas siete tesis del ensayo original de Rodolfo Stavenhagen, adaptándolas al caso de Brasil, que es bastante distinto de los otros procesos de modernización latinoamericanos, de fuerte composición indígena en sus poblaciones, pero que aun así tiene similitudes de forma con los demás países de la región. Sus tesis pueden servir a esta finalidad pero no pueden ser simplemente trasplantadas para Brasil, necesitando de una relectura crítica de sus planteos ante las diferencias específicas de la historia de Brasil. El examen del caso brasileño discute, por lo tanto, estos puntos: 1) Si Brasil fue una sociedad dual, similar a -o diferente de- en esa característica, de las otras sociedades latinoamericanas. 2) Si el proceso de modernización en Brasil se desarrolló por difusión a partir de las zonas modernas, o se hizo con preservación del arcaísmo de las zonas rurales. 3) Si la preservación del latifundio, durante buena parte del siglo XX, fue un obstáculo a la modernización de la sociedad y a la constitución de un mercado interno. 4) Si la burguesía nacional se opuso a la dominación oligárquica tradicional. 5) El rol de las capas medias en la transformación de Brasil, de gran economía rural retrasada a una sociedad industrial moderna. 6) La formación social, racial, del pueblo brasileño, el mestizaje y el emblanquecimiento de la población. 7) El rol de las clases populares en la transformación de la sociedad rural hacia una sociedad urbana industrial y el de los militares, que completaron la modernización de Brasil, por la vía autoritaria y tecnocrática.

**Palabras-clave:** Brasil. Desarrollo diferenciado. Crítica metodológica. Rodolfo Stavenhagen.

**CV:** Paulo Roberto de Almeida es Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Bruselas, 1984), maestro en Planeación Económica (Universidad de Amberes, 1977), diplomático desde 1977, ex-profesor en el Instituto Rio Branco y en la Universidad de Brasilia, ex-director del Instituto Brasileño de Relaciones Internacionales (IBRI) y, desde 2004, es profesor de Economía en la Maestría y Doctorado en Derecho del Centro Universitario de Brasilia. Como diplomático, ha servido en diversos puestos; actualmente es Cónsul General Adjunto en Hartford, Connecticut, EUA. Ha dado cursos en calidad de profesor invitado en universidades brasileñas y extranjeras, y realiza pesquisas en diversas áreas, con experiencia práctica en negociaciones internacionales, integración regional y cuestiones financieras. Es editor adjunto de la *Revista Brasileira de Política Internacional* y participa en comités editoriales de publicaciones académicas.

**Contactos:** [pralmeida@me.com](mailto:pralmeida@me.com); site: [www.pralmeida.org](http://www.pralmeida.org).

**CV completo:** <http://lattes.cnpq.br/9470963765065128>.

## Introducción

Este ensayo pretende reexaminar cada una de las tesis presentadas por Rodolfo Stavenhagen en su trabajo clásico “Siete tesis equivocadas sobre América Latina” (original de 1965, republicada en el libro *Sociología y Subdesarrollo*; México, Nuestro Tiempo, 1981, p. 15-84; disponible en: <http://ces.colmex.mx/pdfs/stavensiete.pdf>), aplicando el análisis al caso de Brasil. Sin pretender recurrir al famoso *hindsight* – el examen de tesis añejas con base en la percepción del presente, o sea, de lo que vino después –, este ensayo intenta plantearse desde el punto de vista de la sociología brasileña de la misma época de la formulación de las tesis de Stavenhagen, la cual era fuertemente plasmada por la llamada “Escuela Paulista de Sociología”, que compartía con el sociólogo mexicano la esencia de sus contra-tesis inscritas en el artículo de 1965. Independientemente de los contrastes y fuertes diferencias entre Brasil y los demás países de América Latina – los de raíz hispana – lo que se busca aquí es el examen de la adecuación de las tesis de Stavenhagen a las realidades que él describía en sus contra-tesis, tomando ejemplos del caso brasileño para ilustrar los principales argumentos defendidos en el presente ensayo. El conocimiento de la vanguardia de la sociología brasileña en los años sesenta es útil, como forma de evaluación de los argumentos aquí expuestos en este diálogo a distancia con el gran sociólogo mexicano. El contexto intelectual en el cual fueron escritas las “siete tesis” está muy bien descrito en el artículo de Francisco Zapata: “Rodolfo Stavenhagen: *Siete tesis equivocadas sobre América Latina* (1965)”, in: Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coords.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual* (México: Siglo XXI, 2012, p. 327-342; disponible en: <http://ces.colmex.mx/pdfs/zapatasiete.pdf>).

### **1. ¿Brasil fue alguna vez una sociedad dual, similar a -o diferente de- en esa característica, de las otras sociedades latinoamericanas? ¿Cómo se presenta su caso?**

La cuestión del dualismo estructural de la sociedad brasileña – de la misma forma que ese mismo argumento aplicado a otras sociedades latinoamericanas, y de hecho, a diversas sociedades tradicionales, en proceso de modernización – ya es antigua en la teoría social, así como en las interpretaciones sociológicas sobre el caso brasileño. La cuestión no es solamente teórica, o sea, objeto de análisis sobre la transición entre una sociedad agraria tradicional y las modernas sociedades urbanas industrializadas. Ella surge paralelamente a la propia constitución de la sociología como disciplina académica, a partir de los cambios sociales del inicio de la

revolución industrial en la Europa del siglo XIX. Sin pretender retomar aquí la trayectoria de la teoría social en ese campo de estudios, se puede referir al libro clásico de Raymond Aron – *Étapes de la Pensée Sociologique* (1967) – que resume lo esencial del debate por medio del examen de los principales intelectuales que integraron el edificio en construcción de la disciplina. Del otro lado del Atlántico, sociólogos americanos, vinculados a la escuela funcionalista (Parsons, Shils y otros), también estudiaron la cuestión del dualismo, o de la modernización social, a partir de los *case studies* de ese tipo de proceso en las sociedades de Occidente.

En el caso de Brasil, la cuestión estaba igualmente presente en la fase formadora de la teoría social, desde los primeros pensadores – como Gilberto Freyre, Sérgio Buarque de Holanda, Caio Prado Jr. – hasta los sociólogos de la Escuela Paulista, formados por maestros franceses. Gilberto Freyre, por ejemplo, construyó su obra esencialmente con base en esas oposiciones sociales y culturales, incluso económicas y políticas, que estuvieron en los orígenes y en la formación de la sociedad brasileña: *Casa Grande e Senzala* (1933), *Sobrados e Mucambos* (1936), *Interpretação do Brasil* (1947), *Ordem e Progresso* (1957), y uno simbólico, *Brasil, Brasil e Brasília* (1968), constituyen algunas de las etapas de su pensamiento sobre la dualidad básica de la sociedad brasileña, la que opuso los amos a los esclavos, los propietarios urbanos a los moradores de favelas, los elementos tradicionales a las fuerzas del cambio, la preservación de los trazos antiguos en la sociedad brasileña contemporánea.

Sérgio Buarque, en su obra histórica – desde *Raízes do Brasil* (1936), hasta los trabajos sobre la penetración de los aventureros de la costa en el interior de Brasil – también ofrece una reflexión de naturaleza sociológica – más bien weberiana, en su caso, diferente de las influencias más antropológicas de Freyre, quien había sido alumno de Franz Boas en los EE.UU. – sobre cómo el patrimonialismo de origen portugués fue preservado en el proceso de constitución de una nueva sociedad en los trópicos, perspectiva que también será la de Raymundo Faoro en su estudio clásico, *Os Donos do Poder* (1957), sobre la dominación tradicional que seguía existiendo en los intersticios de la sociedad moderna. Caio Prado Jr., a su vez, construyó una historiografía de corte marxista sobre la formación de la sociedad brasileña, desde la colonia a la modernidad, mencionando explícitamente la coexistencia de diversos “modos de producción”. Para él, era posible visualizar en un recorrido al interior tanto la más moderna empresa capitalista – como el corte de caña con máquinas– al lado los ingenios coloniales que aún sobrevivían, donde obreros casi esclavos cortaban la caña con machete.

El concepto de sociedad dual es aún más explícito en la obra de dos “explicadores” del Brasil, uno extranjero, otro brasileño. El sociólogo francés Roger Bastide, profesor en la USP y maestro orientador de varios grandes nombres de la sociología brasileña, publicó en 1957 el libro *Le Brésil, Terre de Contrastes*, en el cual defiende la idea del dualismo como característica básica de la sociedad, pero no con oposiciones duales o bidireccionales, y sí como una amalgama de influencias diversas que componen el *melting-pot* de tradiciones de los más diversos orígenes integradas a una composición híbrida, propia de Brasil. El economista Ignácio Rangel, a su vez, publicó en el mismo año el libro *Dualidade Básica da Economia Brasileira*, tesis retomada en varios trabajos posteriores, y que consiste en la afirmación de que el dualismo brasileño no resultaba simplemente de la oposición entre lo antiguo y lo moderno, entre lo rural tradicional y lo urbano industrializado, si no también de la confrontación entre lo interno y lo externo, o sea, la doble determinación de las fuerzas productivas, sometidas a las demandas contradictorias de los actores internos y de poderosos actores externos (la dominación imperial, el capital extranjero). Como economía complementaria o periférica a la de los países centrales, más avanzados, el Brasil tendría que combinar tales fuerzas diferentes en un proceso propiamente original, pero no libre de contradicciones inevitables en esa integración de fuerzas dispares; Rangel defendía incluso el concepto de feudalismo como aplicable a Brasil.

Independientemente, todavía, de las interpretaciones sociológicas, económicas, o políticas – como el contraste entre la elite y el pueblo, presente en las obras de muchos maestros de la teoría social brasileña – cabe abordar la cuestión real, o sea, la de saber si Brasil, como otras sociedades de América Latina, hubiera sido alguna vez una sociedad dual, o sea, marcada por contradicciones recíprocas que pudieran representar cualquier tipo de oposición entre actores directamente correlacionados (como sería el caso, por ejemplo, en la sociedad esclavista de Gilberto Freyre, entre los señores de tierras y sus esclavos, o en la tradición marxista de muchos de los sociólogos modernos, entre la burguesía y el proletariado). La cuestión es compleja, y remite a la propia formación histórica de la sociedad brasileña, en contraste con las demás sociedades ibéricas, sobretudo las de la vertiente andina (más que la amazónica) y las de México, todas pre-colombinas. En otros términos, cuando los navegadores portugueses desembarcaron en las costas de la Tierra de Vera Cruz – después llamada Brasil – encontraron poblaciones dispersas, que, cultural y tecnológicamente, se encontraban en el neolítico superior, con una

pobre cultura material, generalmente de caza y pesca, o sea, apenas cazadores y colectores, con alguna agricultura primitiva no sedentaria.

Diferente fue la situación de los conquistadores españoles, que tuvieron que confrontar civilizaciones más adelantadas, ya dotadas de centros urbanos y estructuras políticas más avanzadas, que constituyeron la base de la población integrada, por la coerción o por la persuasión, a las novas estructuras creadas por la colonización española. En el caso de Brasil, los indios que no fueron esclavizados o puestos al servicio de las pocas actividades agrícolas, pecuarias o minerales emprendidas por los ocupantes portugueses, fueron simplemente eliminados, participando de forma residual, salvo en determinadas regiones, de la composición de la nueva sociedad, que muy pronto recurrió a la mano de obra africana esclavizada, para resolver las necesidades urgentes de fuerza de trabajo en los establecimientos de plantación comercial.

En otros términos, si hubo, en cualquier momento, alguna dualidad estructural o social en América Latina, estuvo más bien presente o representada en el caso de las sociedades hispanas instaladas y sobrepuestas a comunidades nativas pre-existentes, y de cierta forma estructuradas en etapas civilizatorias relativamente avanzadas; en el caso brasileño, todas las comunidades indígenas exhibían un grado muy rudimentario de evolución material y cultural, y no pudieron ser integradas, si no fuese por completa sumisión a, y dispersión física entre, los nuevos ocupantes del territorio, a la sociedad colonial portuguesa que empezó a formarse desde las primeras fases de la ocupación. En el caso portugués, ocurrió incluso, de acuerdo a Freyre, una mayor plasticidad de contactos, osmosis sexual y concubinato, tanto con indias nativas cuanto con africanas esclavizadas, lo que generó una sociedad multirracial que caracterizó fundamentalmente la composición étnica de la población brasileña (sin que fuesen eliminados todos los focos de racismo y de discriminación social o racial que continuaron existiendo). Aún más claramente, no hubo una cultura indígena que haya sido preservada e integrada como tal en las corrientes dominantes de la cultura brasileña, tanto cuanto no hubo una identidad “africana” – además imposible, dada la diversidad de pueblos esclavizados – que pudiera haber sido preservada como tal en la corriente cultural predominante.

Dicho esto, cabe referir la primera tesis del ensayo original de Stavenhagen, que también recusa esa dualidad para el conjunto de sociedades latinoamericanas, pero el sociólogo mexicano lo hace bien más por el tipo de la clase dirigente que por los aspectos de formación del pueblo y sus substratos culturales. De hecho, la tesis más ampliamente aceptada, no solo en su época,

como hoy también, es la que la ocupación y explotación de las sociedades latinoamericanas – que son coetáneas al propio proceso del *establishment*, una vez que antes no había ninguna organización como ocurrió en las fases colonial e independiente – fueron hechas en el cuadro de un capitalismo de tipo mercantil, contra cualquier interpretación feudal de una supuesta sociedad tradicional. Cabe aquí registrar que Stavenhagen, con ese tipo de argumento, solo estaba rechazando una vieja tesis de los comunistas y “feudalistas” históricos, que creían en una interpretación groseramente lineal de la sucesión de los modos de producción del “Estalinismo teórico”, según la cual no se podía pasar a la etapa socialista de la revolución latinoamericana antes que los “restos feudales” hubieran sido eliminados de las relaciones de producción, para que el capitalismo se pudiera desarrollar en toda su extensión.

Esta era una tesis original de Caio Prado Jr., en su lucha conceptual en contra de los viejos comunistas de Brasil; pero la misma tesis era defendida, en la misma ocasión, para todo el continente, por el sociólogo alemán André Gunder Frank, que la popularizó justamente al inicio de los años sesenta. Stavenhagen defendía, por lo tanto, la interpretación “capitalista” de la inserción de América Latina en la economía mundial, lo que era totalmente aceptable en su época y concordante con la mayor parte de los estudios desarrollados hoy en historia económica y en sociología del desarrollo.

Existe, todavía, otro aspecto de los argumentos de Stavenhagen, en el contexto de esa misma primera tesis, que es más cuestionable. Relativamente a Brasil, y sus ciclos de economías de exportación, o de explotación de los recursos de la tierra, él afirma que cada uno de los ciclos “dejó, al terminar, una economía estancada, subdesarrollada, retrasada, y una estructura social arcaica. En gran parte del Brasil, pues, el subdesarrollo siguió y no precedió al desarrollo”. Esa afirmación no corresponde a la realidad, ni en la época en que Stavenhagen formalizaba sus tesis, ni en cualquier otra época. No obstante el agotamiento de algunos de esos ciclos, o de su transformación posterior, no se puede decir que cualquiera de ellos fue productor de subdesarrollo o de estancamiento posterior, como pretende el sociólogo mexicano. Todos agregaron valor a la economía nacional, incluso la frustrada explotación del caucho amazónico, pues trajeron divisas y tecnologías al país, aún cuando provocando ascensos y descensos económicos, o que hayan creado y continuado la explotación exagerada tanto de los recursos naturales cuanto de la mano de obra movilizaba para su existencia. No sería erróneo decir lo

mismo de otros ciclos de la economía latinoamericana, como el del guano, por ejemplo, también acabado.

Cabe desarrollar este punto, incluso porque contrasta fuertemente con un análisis sobre el rol de la economía cafetalera en la acumulación poco primitiva en favor del desarrollo de la industrialización en São Paulo, tal como hacia, en su propia época, un joven sociólogo de la USP, Fernando Henrique Cardoso. Pero no solamente el café, sino que cada uno de los ciclos de explotación han permitido creación de riquezas y agregación de valor, dentro de las características de cada ciclo: mano de obra esclava en las economías del azúcar, de la minería (pero solo parcialmente) y del café (después sustituida por inmigrantes), y la explotación de trabajadores pobres en el caso del caucho amazónico; apropiación de parte de esas riquezas por las empresas de comercialización internacional; inserción de los productos resultantes en las cadenas productivas del capitalismo avanzado, con excepción de la producción pecuaria, que hacia el transporte y alimentación de los mismos trabajadores (esclavos o libres) insertos en cada uno de estos ciclos.

Gilberto Freyre, que elaboró extensamente estas ideas en las décadas anteriores a Stavenhagen, alude a la civilización señorial, casi aristocrática, del Nordeste del azúcar; Buarque de Holanda sabe que las aventuras de los paulistas por el interior de Brasil abrieron camino al descubrimiento de las minas de oro y diamantes, que hicieron surgir aldeas, ciudades y obras de arte en Minas Gerais; observadores de la época mencionan la opulencia de las viviendas de Manaus durante el boom del caucho, cuando una Ópera, al estilo francés, fue erguida en la selva; y Fernando Henrique Cardoso desvela como los capitales derivados de la exportación de café fueron invertidos en las primeras pequeñas industrias de alimentos y de artículos de consumo que surgieron en todas las regiones productoras, pero especialmente en São Paulo (en gran medida, por el tino emprendedor de los inmigrantes). O sea, la afirmación de Stavenhagen sobre el estancamiento, o hasta sobre la creación de subdesarrollo como resultado de los ciclos de productos, es completamente equivocada en sus propios términos, y al ser confrontada con los datos de la historia económica de Brasil (probablemente también en el caso de otros países).

**2. ¿El proceso de modernización en Brasil se desarrolló por difusión a partir de las zonas modernas, o se hizo con preservación del arcaísmo de las zonas rurales?**

La segunda tesis de Stavenhagen, que pretende negar que la economía moderna sea responsable por la difusión de la modernidad en dirección de las zonas atrasadas de la región, también merece ser considerada con cuidado, teniendo en cuenta las innumerables imbricaciones – lo que él mismo reconoce – entre una y otra. Cualquier actividad económica, en cualquier país y en cualquier época, siempre parte de algún núcleo de innovación, o de transformación estructural, en cualquier nivel – agrícola, industrial, servicios – para diseminarse en círculos más amplios, incluso en las periferias, en el propio país o en zonas o continentes distantes. Esta es una realidad universal que no depende de cualquier “modo de producción”, cultura o etapa civilizatoria. La escritura china, que es una “tecnología” fundamental para la existencia de una cultura y de un imperio unificado -longevo en su existencia milenaria, aunque dividido en más de dos decenas de dinastías diferentes – es un ejemplo de ese tipo de difusión, alcanzando incluso pueblos de lenguas y costumbres diferentes (el coreano y el japonés, por ejemplo) y que nunca pertenecieron al mismo imperio, pero que pudieron beneficiarse de ese invento fundamental para la existencia de un Estado formado por diferentes naciones.

No parece correcto, así, afirmar, como hace Stavenhagen, que el proceso de difusión del industrialismo en América Latina “ha contribuido al surgimiento en las áreas rurales atrasadas de una clase social de comerciantes, intermediarios, usureros, acaparadores y habilitadores que concentran en sus manos una parte creciente del ingreso regional”, como si todos esos personajes representasen obstáculos al desarrollo de los habitantes de las regiones atrasadas, y no fueran agentes, como otros, de transformación económica y social. Existe ahí una incompreensión por parte del sociólogo mexicano en cuanto a los patrones de productividad del trabajo humano que cabe considerar en una perspectiva incluso evolucionista de las propias regiones “atrasadas” que también pueden avanzar con base en innovaciones puramente endógenas, o introducidas naturalmente desde afuera por agentes de la modernización social, o capitalista, si es el caso.

Aún más dudosa es su síntesis de la segunda tesis: “En realidad, la tesis correcta sería: *el progreso de las áreas modernas urbanas y industriales de América Latina se hace a costa de las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales*. En otras palabras, la canalización de capital, materias primas, géneros alimenticios y mano de obra proveniente de las zonas ‘atrasadas’ permite el rápido desarrollo de los ‘polos de crecimiento’ y condena a las zonas proveedoras al mayor estancamiento y al subdesarrollo. La relación de intercambio entre los centros urbanos modernos y las zonas rurales atrasadas es desfavorable a éstas, como lo es para los países subdesarrollados

en su conjunto la relación de intercambio entre ellos y los países desarrollados” [subrayado en el original].

Stavenhagen, como muchos intelectuales urbanos, progresistas, se hace aquí defensor de los pobres ciudadanos del interior, que muchas veces ni siquiera ciudadanos son. Lo que está en confrontación, en ese “choque” entre técnicas modernas y formas tradicionales de producción, son los diferentes conjuntos de respuestas a los desafíos siempre planteados ante todas las sociedades humanas, en cualquier época y local: cómo hacer para elevar los patrones productivos y crear excedentes de riqueza, de manera que se permita acomodar la expansión demográfica y el deseo inherente a todo ser humano de mayor confort material y protección en contra de las presiones del medio ambiente (o sea, del hambre, de las enfermedades, de la penuria, de la inseguridad, etc.). Una sociedad que no esté paralizada en un precario equilibrio maltusiano – que fue la característica básica de las sociedades humanas hasta la revolución industrial, como eran, por ejemplo, las tribus indígenas de la mayor parte de Brasil, y como son, aún hoy, las poblaciones nativas de la Amazonia – siempre va a generar respuestas superiores a las existentes en su propio seno, sea produciendo ella misma esas innovaciones, sea importando las nuevas técnicas de “pueblos de afuera”, aunque sean de la misma cultura regional o nacional (o sea, las zonas modernas de la sociedad).

Dicho de otra manera: si no se desea el estancamiento de esas sociedades “tradicionales” – que son, sin duda, retrasadas, incluso con respecto al precario equilibrio que mantienen con su ambiente natural, dada la ausencia de técnicas y medios para su control – es inevitable que ellas sean, de alguna forma y algún día, “alcanzadas” por la sociedad “moderna”, que ya existe en alguna otra parte. En ese sentido, la tesis de Stavenhagen se parece mucho con las intenciones de algunos antropólogos que desean, a todo coste, aislar a las tribus “primitivas” para evitar su contacto con la civilización, que probablemente va a destruir sus modos ancestrales de vida, lo que parece inevitable en una perspectiva de más largo plazo. No es posible imaginar que las sociedades modernas preserven “zoológicos humanos” apenas como señal de respeto por otra cultura: sería condenar a la “especie preservada” a padecer todas las enfermedades que fueron siendo eliminadas de la faz de la Tierra por los avances técnicos, científicos y epidemiológicos.

Este es un dilema de Brasil, donde aún existen algunas (muy pocas) tribus aisladas; pero, de hecho, la mayor parte de las “reservas indígenas” están claramente volcadas hacia la conquista de los últimos lanzamientos de la sociedad de la información. Tampoco hay dudas de que, en los

tiempos de Stavenhagen, ese tipo de proceso ya estaba en curso; o sea, en su época, las sociedades nacionales conducían naturalmente lo que él condenaba en su segunda tesis: arrastrar regiones y poblaciones “atrasadas” hacia niveles más avanzados de productividad. Un ejemplo de Brasil es muy antiguo, pero se puede referir a su versión moderna, o sea, contemporánea de la tesis de Stavenhagen.

Durante la fase colonial, los “bandeirantes” paulistas, exploradores indómitos de las tierras desconocidas del interior de Brasil (y también de partes de lo que aún era América hispana), comandaban “entradas” en el bosque y en los altiplanos del ‘cerrado’ central en busca esencialmente de dos cosas: indígenas para servir como mano de obra esclava, o servil, para sus pequeñas explotaciones agrícolas cerca de la costa – que no se parecían en nada a las inmensas plantaciones esclavistas del Nordeste azucarero – y de minas de oro y de piedras preciosas, que les permitieran enriquecer rápidamente, un deseo simplemente humano. Con esas incursiones, los bandeirantes fueron creando núcleos poblacionales en el interior de Brasil, y alargando las fronteras físicas del pequeño territorio portugués de Tordesillas. Lo que es cierto es que las pequeñas aldeas fundadas aquí y allá, en lugares distantes, por los bandeirantes, se han convertido, justamente, en las “zonas atrasadas” del siglo XX, a las cuales se refiere Stavenhagen en su ensayo, o sea, localidades aisladas del vasto interior, paradas en el tiempo, que son confrontadas por la “modernidad capitalista” del siglo XX.

Ahora bien, ¿que pasó, desde los años cuarenta o cincuenta, y que se expandió después a escalas aún más vastas? Los nuevos “bandeirantes” de la ocupación del interior de Brasil confrontan y transforman esas “zonas atrasadas”. ¿Y quienes son estos nuevos “bandeirantes”, que empezaron a moverse en los años sesenta y no han parado hasta hoy? Son los gauchos, o sea, campesinos de Rio Grande do Sul, generalmente de origen extranjero (italianos, alemanes, eslavos en general), establecidos en el Sur de Brasil entre el final del siglo XIX y el inicio del siglo XX, que agotaron simplemente las posibilidades de fraccionamiento agrario familiar frente a la presión demográfica que nunca cesó de existir. En cuanto había tierras disponibles en Rio Grande do Sul, las nuevas familias pudieron establecerse y prosperar. Pero había un límite físico a esa división de pequeñas propiedades entre muchos hijos.

El resultado fue que los gauchos se “exportaron” naturalmente hacia otras regiones de Brasil, para las fronteras agrícolas del inmenso *heartland* del ‘cerrado’ central. Ellos se establecieron en tierras más baratas, pero llegaban dotados de una tecnología agrícola superior a

la de los descendientes de los bandeirantes, que vegetaban aún en actividades precarias de subsistencia, debido al aislamiento natural al cual fueron condenados y a su mezcla con poblaciones indígenas locales aún más “retrasadas” tecnológicamente que en el caso de los desbravadores portugueses del siglo XVII. O sea, los nuevos bandeirantes están forzando – pero ya lo hacían en la época de Stavenhagen – el *upgrade* de esas poblaciones normalmente “retrasadas” e incorporándolas a la modernidad, lo que no puede ser considerado un costo o un retroceso para esas poblaciones locales. Donde ellos se establecen, los gauchos traen, o crean, escuelas, casas de salud, seguridad, “churrascarias”, televisión, carros y otros aportes de la civilización, beneficios que son rápidamente incorporados por las poblaciones locales, aún cuando estas son convertidas en “siervas modernas” de los nuevos hacendados. El inmenso Brasil del interior, retrasado, se civiliza por las manos y máquinas de los modernizadores gauchos, y esto se refleja en los indicadores sociales de bienestar (los mapas de IDH reflejan esa realidad, identificando municipios del interior lejano que poseen los mismos indicadores que los mejores de Rio Grande do Sul o de São Paulo).

Esa constatación no depende de teorías sociológicas o de parámetros cronológicos: ese tipo de realidad ocurre cada vez que nuevas tecnologías se desplazan en el espacio, por absorción voluntaria de los “pueblos retrasados”, o por su introducción por los “comerciantes, intermediarios, usureros, acaparadores” referidos por Stavenhagen en su segunda tesis. El argumento refleja un prejuicio típicamente académico en contra de cualquier tipo de modernidad, sea ella capitalista, o de carácter estatal (como ocurrió en el Brasil de los militares, que hacían de esa misión un acto de integración nacional).

### **3. ¿La preservación del latifundio, durante buena parte del siglo XX, fue un obstáculo a la modernización de la sociedad y a la constitución de un mercado interno?**

La tercera tesis de Stavenhagen, sobre la formación del mercado interno y su funcionalidad para el desarrollo de un supuesto “capitalismo nacional y progresista”, tiene elementos de verdad, pero también argumentos dudosos, cuando no están equivocados completamente. ¿En esencia, qué dice esa tesis?

Stavenhagen refuta que el capitalismo “nacional y progresista”, del cual él niega con razón la existencia, esté interesado en la reforma agraria, en el desarrollo de las comunidades indígenas, en la elevación de los salarios mínimos en el campo, una vez que los mercados

urbanos ya serían suficientes para ocupar la capacidad industrial, que según él estaría “empleada a medias”. Sin embargo de ese tipo de evaluación puramente de circunstancia – y por lo tanto mutable – sobre la capacidad ociosa de la industria, la tesis de Stavenhagen está conceptualmente e históricamente equivocada en razón de tres tipos de evidencias estructurales, o sistémicas, que no niegan, todavía, el sentido general de su proposición, que es la de objetar que la existencia de zonas rurales retrasadas y arcaicas constituyen un obstáculo a la formación de un mercado interno, o para el desarrollo del capitalismo (en general, sin calificativos).

¿Cuales son los tres equívocos de Stavenhagen? Primero suponer que exista algo similar a un capitalismo “nacional y progresista”. Existen, por cierto, diferentes tipos de capitalismo, casi tan diferentes entre si como son diversas las historias de formación de las sociedades nacionales y tan contrastantes como puedan ser las legislaciones nacionales que regulan los mercados de trabajo, los contratos entre sociedades privadas, las normas fiscales o de mercado de capitales, la adhesión a acuerdos internacionales de comercio o de inversiones, o sea, la historia de cada economía de mercado en los diferentes países. No se puede afirmar que los capitalismo do Japón, de Alemania, de los Estados Unidos, de México o de Brasil sean similares, aún cuando puedan funcionar según una serie de principios más o menos similar: propiedad privada, relaciones contractuales en el mercado de trabajo, libertad de producir (pero no siempre de importar) los bienes que decidan la microeconomía de la ganancia empresarial, el funcionamiento de la emisión y negociación de acciones para las empresas de capital abierto, etc. Ni por eso tales capitalismo nacionales funcionarán de la misma forma, como se puede confirmar visualmente.

Todo esto es posible, pero no se puede creer en la existencia de un capitalismo “nacional y progresista” tan solo por *Fiat* académico, por decisión puramente conceptual de un sociólogo, por más distinguido que este sea. La figura del “capitalista nacional y progresista”, o sea, uno que sea opuesto a los latifundistas, a la burguesía compradora y al imperialismo es una invención de la Tercera Internacional en la fase en que ella había abandonado las tesis estalinistas de “clase contra clase” – cuando incluso los partidos socialdemócratas eran clasificados como “social fascistas” – y adoptado la política de frente única contra el fascismo y el imperialismo, pasando, por lo tanto, a buscar apoyos entre una supuesta “burguesía nacional”, que sería progresista, y opuesta tanto a las fuerzas de la reacción interna – los latifundistas, los rentistas, los testaferros del capital extranjero – cuanto a los intereses del imperialismo, opuesto por definición al desarrollo del país y demoleedor de la soberanía nacional.

El capitalismo, o los verdaderos capitalistas no tienen simpatías de principio por esta o aquella clase social, o por un gobierno más a la derecha o más a la izquierda (este sería, supuestamente, progresista, dotado de preocupaciones sociales), o que sean por definición favorables o contrarios a la presencia del capital extranjero en la economía nacional. El capitalismo, y los capitalistas, sólo tienen un único objetivo: la plusvalía, o la acumulación de capital, como dirían los marxistas. ¿Sería esto progresista, nacional? No es seguro; lo más probable es que sea tan solamente capitalista. El capitalismo no es una entidad pensante que posee simpatías o antipatías de ese tipo. Se trata apenas de un modo de producción, el modo burgués de producción, como diría Marx, pero que es, simplemente, una de las muchas formas de la economía de mercado, como el mercantilismo, la economía usurera, o los emprendimientos transnacionales; el sistema puede convivir con las más variadas formas de régimen de trabajo, desde el asalariado clásico, hasta tipos mercantiles de esclavitud (ya hubo, tanto en los Estados Unidos como en Brasil, esclavos empleados en fábricas, incluso en el servicio público, bajo la monarquía brasileña del siglo XIX). En ese sentido, no existen dificultades para que el capitalismo – de cualquier tipo – conviva con el latifundio, con la burguesía compradora o con el imperialismo.

El segundo equívoco consiste en creer que pueda haber, del punto de vista del capitalismo, cualquier distinción entre mercado interno y mercado externo. Para el capitalismo, que existe esencialmente en el plano microeconómico, la realidad más tangible es aquella de su contabilidad de producción: insumos, costos de fabricación, demanda del mercado, realización de ganancias, punto. No importa si esa demanda es doméstica o internacional, lo que importa es que el capitalista sea competitivo, y pueda poner su producto, o servicio, donde existe una demanda que sea compatible con sus costos de producción, y una ganancia razonable, cuanto mayor mejor. A veces, será en el mercado interno – más frecuentemente, pues las empresas productoras necesitan estar en algún lugar, y los costos de transporte y aduanas siempre son una molestia –, en otros casos, todo el mundo, como ocurre hoy con los bienes intangibles (que también ya existían en los tiempos de Stavenhagen, como pueden ser la música y las películas “made in Hollywood”). Para el capitalista cuanto mayor la demanda, mejor; por eso no tiene sentido la afirmación de Stavenhagen de que el mercado urbano basta al capitalista, y que este puede descartar eventuales demandas de “zonas rurales retrasadas”.

El tercer equívoco, que pudiera haber sido señalado en el momento mismo en que Stavenhagen formulaba su tercera tesis, consiste en afirmar que “la cuestión del mercado interno es esencialmente una cuestión de distribución de ingreso”. Si y no. Por supuesto, sin ingreso, ninguna población, aún trabajadora, no consigue consumir; pero es propio al capitalismo funcionar como advierte la Ley de Say, según la cual la oferta crea su propia demanda; o sea, el hecho de que los capitalistas remuneren a los trabajadores para producir determinadas mercancías ya crea un mercado interno potencial. Pero esa distribución de ingreso supone, en primer lugar, que exista ingreso para ser repartido, lo que puede ser hecho de dos maneras: mediante los mecanismos de mercado – salarios, ganancias, alquileres, rentas del capital, royalties, dividendos, etc. – o por medio del Estado, que impone impuestos directos e indirectos, preferencialmente progresivos a los ingresos de los agentes económicos, o por transferencias, subsidios, asistencia social, etc. Para cualquiera de esas formas, es evidente que no puede haber repartición antes que la riqueza sea producida. En otros términos, sin aumento del producto, sin excedentes, sin productividad del trabajo humano es muy difícil distribuir renta o riqueza para el consumo, el ahorro, las inversiones en el mercado interno (o aún en el externo, según las preferencias de los ciudadanos que son libres de hacerlo).

También en esa tercera tesis, Stavenhagen utiliza argumentos que podrían no ser inmediatamente perceptibles en su época, pero que se muestran, entonces y en cualquier época, por lo menos ambiguos, cuando no ingenuos, en su percepción sobre lo que constituye un “capitalismo nacional y progresista”. Según él, sería uno que se orientase por políticas de desarrollo independiente y por una serie de medidas que él identifica con estas características principales: “1) la diversificación de la agricultura para el mercado interno; 2) la transformación de los principales recursos naturales del país en el propio país, para su uso interno; 3) la creciente industrialización; 4) una elevada tasa de reinversión en la agricultura; 5) la creciente participación estatal en las grandes empresas económicas; 6) el control estricto sobre las inversiones extranjeras; y su subordinación a las necesidades nacionales; 7) el control estricto sobre la exportación de capitales y de beneficios; 8) el fomento de las empresas nacionales en vez de las extranjeras; 9) la limitación estricta de importaciones no esenciales; 10) la limitación estricta de la fabricación de bienes de consumo no esenciales, y otros objetivos de la misma índole.”

Esta es la transcripción literal del segundo párrafo de la tercera tesis, relativa al gran programa de desarrollo de un “capitalismo nacional y progresista”. Como he referido, esa es una

invención de militantes políticos y de académicos, y sólo confirma el hecho de que se trata de un programa de nacionalización, de estatización, de proteccionismo y de extremo intervencionismo en la vida económica, que ya en su época sería rechazado como extremista por cualquier economista burgués, pero también por líderes políticos del centro. Pero aquí entra una de esas sorpresas de destino de las cuales la historia está llena: el régimen militar brasileño, inaugurado por el golpe de Estado de marzo de 1964 – y que Stavenhagen condena como anti-progresista y aliado al imperio – aplicó casi *ipsis litteris* el rol completo de medidas listadas por el sociólogo mexicano como nacionales y progresistas. Veamos como.

Es verdad que los militares recurrieron al golpe en el contexto de la Guerra Fría, temerosos de que la República Sindical aún embrionaria en el gobierno de Goulart – en el cual muchos de los progresistas de esa época demostraban simpatía por el modelo peronista – se tornase realidad, o aún peor: que Brasil fuese, no una nueva Cuba, lo que sería muy modesto, si no una nueva China de Mao. En aquel ambiente exacerbado de conflictos políticos, de huelgas continuas, de inflación creciente y de temor (en gran medida ilusorio) de la propaganda de izquierda, los militares se decidieron a dar el golpe – con el apoyo del aliado imperialista – antes que pudiese ocurrir algún “golpe progresista”. Es cierto que prácticamente todas las medidas recomendadas por Stavenhagen fueron aplicadas, bajo diversas formas, por los gobiernos militares que se sucedieron entre 1964 y 1985: nacionalistas e intervencionistas, como siempre fueron, los militares, y sus aliados civiles, lanzaron una verdadera industrialización “estalinista” (aunque para los ricos, pero en “un sólo país”), concedieron total preferencia al mercado interno y a la transformación interna, casi integral, de los recursos naturales, modernizaron la agricultura (pero con base en la gran empresa capitalista), aplicaron controles al capital extranjero (cerrando varios sectores a empresas no nacionales), monopolizaron y estatizaron los llamados grandes sectores estratégicos (transportes, telecomunicaciones, nuclear, energía, siderurgia, industria aeroespacial, química fina, etc.), siempre controlaron el cambio y las remesas al exterior, dieron total apoyo a la política de contenido local (no se podía importar ningún automóvil extranjero, por ejemplo), intentaron crear una industria informática genuinamente nacional (cerrando la posibilidad de asociaciones con el capital extranjero), practicaron el proteccionismo comercial más extremo, en una palabra, hicieron casi todo lo que Stavenhagen recomendaba para el “capitalismo nacional progresista” (por supuesto que el sociólogo mexicano no podía suponer, en 1965, que los militares aplicarían tan ampliamente “su” programa). Cuando los militares

abandonaron el poder, dos décadas más tarde, la oferta nacional era dominada en más de 95% por la producción interna y el Estado controlaba más de un tercio del PIB, mediante decenas, centenas de empresas estatales (que poseían un presupuesto propio, distinto del presupuesto fiscal y de un presupuesto monetario que también existía, para las grandes obras megalómanas de los militares en grandes proyectos: nuclear, ferrocarriles, astilleros, telecomunicaciones y otros más).

Para terminar en gloria, los militares también se opusieron al latifundio y a las zonas rurales atrasadas, mediante una combinación de ejes de integración nacional (carreteras en la Amazonia, ferrocarriles, etc.), de investigación agropecuaria avanzada (Embrapa, creada por ellos, o por sus tecnócratas, en 1971, puso a Brasil en la vanguardia de la tecnología y de la competitividad agrícola mundial) y de impuestos progresivos sobre la propiedad rural que, en pocos años, transformó el panorama de la agricultura retrasada en una de las más productivas del planeta. Aparentemente, ellos realizaron todos los objetivos de la tercera tesis de Stavenhagen, sin tener, por supuesto, su intención o ideología.

**4. ¿La burguesía nacional alguna vez se opuso, frontalmente, a la dominación oligárquica tradicional, ella se ha opuesto a la preservación del latifundio y del régimen oligárquico de los “coroneles” del interior? ¿O, de hecho, se compuso con ellos? ¿Tuvo ella, de verdad, un proyecto nacional, diferente, si lo tuvieron, al de los terratenientes tradicionales? ¿Hasta cuándo? ¿Con Vargas, después de Vargas? ¿Con los militares, después de los militares?**

Stavenhagen contesta, con razón, que la “burguesía nacional” – esa figura típica del marxismo de los años cincuenta y sesenta – tenga algún interés en romper con el poder y el dominio de la oligarquía latifundista. De hecho, la burguesía, por sus características esenciales, no es propensa a cualquier gesto heroico, mucho menos a lanzarse en una aventura o una forma cualquiera de lucha de clases (no se sabe bien si en su provecho propio, o en alianza con el proletariado). Lo que la burguesía más respeta es la propiedad privada, y en segundo lugar la estabilidad política y el status quo, sin los cuales es difícil hacer negocios y tener ganancias (o acumular capital, como dirían algunos). ¿Por qué la burguesía – que de nacional solo tiene la naturalidad, y las raíces – debería emprender esa revolución social gigantesca que consiste en excluir poderosos señores de la tierra y de la vida política del país desde prácticamente sus orígenes coloniales? ¿Que ganaría ella, objetivamente, con tal intención tan difícil de ser realizada? ¿Sería tal medida una condición esencial para que ella realizase negocios, o continuase

acumulando capital? ¿Los latifundistas representan un obstáculo absoluto a los objetivos de poder económico de la burguesía, o desea ella controlar exclusivamente el poder político?

Pocos años antes de Stavenhagen escribir sus siete tesis, el joven sociólogo Fernando Henrique Cardoso, bajo el estímulo del economista social Albert Hirschman y en la compañía de diversos otros colegas de la Escuela Paulista de Sociología, iniciaba estudios sobre las elites políticas en Brasil y en Argentina, investigaciones que resultaron en sus primeros libros— pero que no deben haber llegado al conocimiento de Stavenhagen inmediatamente — y que servirán de base, después, para que él escribiera, con Enzo Faletto, en su exilio chileno, el libro interpretativo *Dependencia y Desarrollo en América Latina* (1969). Las ideas ya habían sido expuestas antes y representan las raíces de la famosa “teoría de la dependencia”, que pretende que el desarrollo capitalista es posible aún preservando una situación de dependencia y de asociación con el capital extranjero, y sin necesitar de romper con ninguna de las fuerzas malignas identificadas por el pensamiento progresista. Cardoso incluso pasó a ser mal visto entre los marxistas y algunos progresistas, una vez que negó que el capitalismo brasileño estuviese estancado, como proclamaban economistas ya conocidos como Celso Furtado, poco antes de Brasil empezar sus años de “milagro económico”, con tasas anuales de crecimiento “chinas” (*avant la lettre*). Los asiáticos, en estos años, venían a Brasil a aprender recetas de cómo crecer 10% al año, al mismo tiempo en que los militares emprendían el proyecto de hacer del retrasado país latinoamericano una “gran potencia”.

Pero, aún antes de Cardoso, y de los militares, el dictador Vargas ya tenía la certeza de que era posible construir el capitalismo nacional, con empresas estatales, con nacionalismo y proteccionismo comercial, sin necesitar romper con el latifundio y sólo muy parcialmente con el imperialismo (poniendo límites a la remesa al exterior de ganancias, dividendos, royalties y pagos por servicios técnicos, o cerrando sectores y ramos de la industria a los inversionistas extranjeros, por ejemplo, en el petróleo). Aún después del golpe militar, cuando la burguesía nacional supuestamente habría llegado al “poder”, ella jamás se opuso a los oligarcas de la tierra: estos continuaron existiendo, dando su apoyo a los militares y a las elites del capital, y fueron progresivamente dejando de ser relevantes en el terreno práctico, en vista de las reformas emprendidas para hacer de la agricultura un sector más moderno de lo que era hasta el inicio de los años sesenta.

## **5. ¿Que rol tuvieron las capas medias, urbanas y modernas, en la transformación de Brasil, de gran economía rural retrasada a una sociedad industrial moderna?**

Las clases medias fueron esenciales en todos los proyectos de modernización política, económica y social de Brasil, comenzando por los militares, que en Brasil – con excepción de la Marina, en el Imperio – eran típicos representantes de las capas medias. Fueron los militares quienes dieron el golpe en la monarquía conservadora, fueron ellos quienes se levantaron en insurrecciones cuando la República fue monopolizada por los oligarcas de la tierra, fueron ellos quienes derribaron a esa República “carcomida”, como se decía en 1930, fueron ellos quienes impusieron un programa de modernización industrial y de capacitación bélica a Vargas – que era un representante de los hacendados gauchos – y fueron ellos, finalmente, quienes derrocaron a Vargas cuando el dictador pretendía continuar en el poder, reformando para esto la dictadura del Estado Nuevo y promoviendo elecciones. Fueron ellos, de nuevo, quienes salieron de los cuarteles diversas veces durante el régimen democrático inaugurado en 1946, hasta culminar en el golpe de 1964, que fue hecho, en gran medida, a pedido de las clases medias, exasperadas con la inflación creciente (100% al año, al momento del golpe), con las huelgas continuas de los líderes sindicales comunistas, y las supuestas amenazas de “comunismo” en Brasil.

Clases medias civiles y estratos militares fueron los grandes promotores de todos los cambios políticos y de todas las transformaciones económicas – la industria fue prácticamente obra de inmigrantes, que eran pobres o de clase media baja – que Brasil conoció desde la campaña de la abolición de la esclavitud, en el Imperio, hasta la redemocratización de mediados de los años ochenta: los militares también estaban cansados de 20 años de régimen de excepción, hicieron una dictadura esencialmente “constitucional” – a diferencia de la mayor parte de los regímenes militares en América Latina – y después quedaron finalmente inmunizados contra nuevas tentaciones golpistas. Ellos continúan siendo los representantes de las clases medias, con las cuales se confunden en todo y por todo. De ninguna forma, en el Brasil, los militares, y las clases medias urbanas, fueron aliados del latifundio, de las clases pudientes, del sector financiero o del imperialismo; pero cabe reconocer que ellos son conservadores por principio y por naturaleza, y los militares son a favor del orden, del progreso controlado, de la integración nacional y del nacionalismo, y siempre están a favor del Estado y de “políticas sociales” moderadas. En 1964, sus opiniones sobre la “república sindical” de Goulart coincidían con los intereses de los Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría, pero no dudaron en oponerse al

imperio, cuando su propio interés –el nuclear, por ejemplo – se los dictaba así. El nacionalismo militar era más fuerte que cualquier deseo de alianza anticomunista.

La quinta tesis de Stavenhagen, por lo tanto, la de que el desarrollo nacional es obra de la clase media, no está equivocada con respecto a Brasil, pero sí un hecho histórico irrecusable, que puede ser comprobado por innumerables ejemplos (algunos de los cuales ya fueron mencionados). Los adjetivos que Stavenhagen atribuye a ese estrato social – nacionalista, progresista, emprendedor y dinámico – pueden ser “estados del alma” de la clase media brasileña, como de cualquier otra, según las circunstancias. En Brasil, no sólo la clase media, pero la población en general, aprecia el capital extranjero – y reconoce que él aporta cosas buenas y es necesario – pero desprecia al capitalista extranjero, quizás por cierto complejo de inferioridad, que no desea ver a extranjeros como mejores que los nacionales. De la misma forma, los brasileños en general pueden incluso acusar los americanos de imperialistas arrogantes, pero desde los años cincuenta – conocidos como un periodo de “americanización” de Brasil – todos consumieron productos americanos, condujeron carros americanos, vieron las películas de Hollywood – como todos en América Latina – pero se ponían rabiosos si alguien recordaba los millones de dólares en remesas al exterior, en favor de empresas “explotadoras de Brasil y de los brasileños”.

Uno de los grandes triunfos editoriales en el Brasil del inicio de los años sesenta, cuando Stavenhagen elaboraba sus tesis, fue un librito, en verdad un panfleto, llamado “Um Dia na Vida de Brasilino”, una crítica feroz a la dominación del capital extranjero. Brasilino era un típico representante de la clase media, que despertaba con la luz de la Light, se bañaba con Lever, o Lux, ponía Colgate en su cepillo de dientes, desayunaba con cereales Kellog’s o Quaker, salía al trabajo en un coche americano, fumaba cigarrillos de la American Tobacco Company y así pasaba cada hora del día pagando regalías y dando ganancias al imperialismo. Brasilino no tenía consciencia de que era explotado por el imperio, por eso no se rebelaba.

Pero fue esa misma clase media que apoyó la nacionalización y la estatización de muchos “trusts” extranjeros por los militares, y estuvo particularmente satisfecha cuando estos se opusieron a los americanos en diversas cuestiones de supuesto interés nacional: el programa nuclear secreto, el mar territorial de 200 millas, los programas espacial y de informática, la estatización de las antiguas telefónicas estadounidenses, la protección del mercado interno, así como la denuncia, en 1977, del acuerdo militar bilateral de 1953 (por alegadas razones de

soberanía, de hecho una retaliación por la interferencia de Estados Unidos respecto a las violaciones de derechos humanos durante la dictadura).

Una frase de Stavenhagen simboliza la ambigüedad, quizás forzada (posiblemente para reforzar el carácter contestatario de sus anti-tesis), con que él considera la clase media en esta su quinta tesis: “las llamadas clases medias están estrechamente vinculadas a la estructura económica y política vigente”, con lo que se puede concordar integralmente, pero él agrega a continuación: “y carecen de una dinámica propia que pudiera transformarlas en promotoras del desarrollo independiente”. De hecho, las clases medias son conservadoras: ellas abominan los grandes disturbios que puedan poner en peligro su modo de vida, sus planes y proyectos para el futuro que laboriosamente construyen en favor de la familia. Pero el hecho de preferir preservar el orden vigente – lo que es absolutamente normal en todas las sociedades en todas las épocas, ya que las revoluciones ocurren por accidente y reclutan sus líderes en un grupo muy reducido de visionarios – no significa que ellas no sean capaces de promover el progreso nacional y la construcción de la prosperidad para sí mismas y para sus semejantes, desde que esto se pueda hacer dentro del orden y con el mínimo de conflictos y sobresaltos. Sobre todo, que no toque a la propiedad.

“Desarrollo independiente”, a su vez, es un típico concepto, o imagen, de origen académico, pero que también se encuentra frecuentemente en los discursos de los políticos y en los proyectos de los militares, pero no tiene mucho significado para la clase media. Por instinto, ella sabe que empresas extranjeras, en especial las multinacionales, pagan mejor, y prefiere trabajar para algunas de ellas, incluso porque sabe que la vida en las metrópolis es de mejor calidad, y quizás tenga chance de escapar al subdesarrollo latinoamericano hacia una mejor situación en los Estados Unidos o en Europa. Pero la clase media es también patriótica, y tiene orgullo de su país, y le gustaría verlo distinguirse entre las grandes potencias, o como países tranquilos, organizados y prósperos.

Grandes capitalistas y banqueros pueden incluso realizar grandes inversiones productivas, pero quienes realmente trabajan, sosteniendo los negocios, el consumo y también ahorrando para la casa propia o la inversión financiera son los de la clase media. Por eso, la condena en contra de la clase media hecha en la sexta tesis de Stavenhagen, viniendo de un sociólogo de clase media (se supone, por lo menos) es la menos feliz de sus contribuciones. Las clases medias son el sostén de las democracias.

**6. ¿Como se dio la formación social, racial, del pueblo brasileño? ¿El mestizaje fue promovido, reprimido, aceptado, tolerado? ¿El emblanquecimiento de la población fue buscado activamente por las elites dirigentes? ¿Como se dio la mezcla de la población que caracteriza actualmente la sociedad multirracial de Brasil?**

La sexta tesis – “la integración nacional en América Latina es producto del mestizaje” – tampoco es muy feliz, pues Stavenhagen pretende que ese proceso es más común en los países que tienen problemas étnicos. Él se refiere a los países de fuerte población indígena – lo que es casi la regla general en América Latina, con excepción de los países del Cono Sur y de Costa Rica, probablemente– y a Brasil, “con su población negra”. Él señala la “falacia de esta tesis” con base en el argumento de que “el mestizaje biológico y cultural (proceso innegable en muchas partes de América Latina) no constituye, en sí mismo, una alteración de la estructura social vigente”. Esto es correcto, pero él afirma en seguida que “[l]a integración nacional, como proceso objetivo, y el nacimiento de la conciencia nacional como proceso subjetivo” – una típica construcción hegeliana, o marxiana de la fase de juventud – “dependen de factores estructurales (es decir, de la naturaleza de las relaciones entre los hombres y los grupos sociales)” – otra construcción típica del pensamiento social de tipo marxista – “y no de atributos biológicos o culturales de ciertos individuos.”

Stavenhagen cree que la integración nacional sólo puede ocurrir en las zonas indígenas con el “desaparecimiento del colonialismo interno”, lo que prácticamente no existe en Brasil, país de fuertes contrastes culturales y regionales, pero poseedor de una única cultura mayoritaria que fue creada en el transcurso del siglo veinte por el Estado Nuevo varguista (1937-1945), por el nacionalismo militar y por el patriotismo básico de los ciudadanos en las décadas siguientes. Pero él no vuelve más a referirse al problema del negro en Brasil, un estrato social muy desfavorecido, no tanto por racismo explícito – a pesar del que pueda existir implícitamente en diversas camadas urbanas – aunque menciona el hecho de que la tesis del mestizaje puede esconder un prejuicio racista, en la medida en que, en su base, podría existir un proyecto de “blanqueamiento” de la población.

No obstante el hecho de que las menciones de Stavenhagen sean siempre referidas a las poblaciones indígenas, es cierto que, en la época del racismo científico, entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX, existió entre las elites brasileñas – muchas de ellas

mestizas, por cierto – inclinaciones explícitas en favor de ese proyecto, empezando por las restricciones constitucionales y legales creadas al inicio de la República a la inmigración no blanca o no europea. Los chinos, solo fueron “invitados”, al final del Imperio, como sustitutos de los esclavos para las plantaciones de café y para las obras públicas, y los japoneses fueron tolerados al principio, pero su inmigración fue objeto de restricciones explícitas durante la década infame del racismo, en los años treinta.

Una evaluación ponderada de la sexta tesis indicaría simplemente que el argumento carece de mayor objetividad, una vez que (a) el concepto de “integración nacional” está enmarcado por ambigüedad, y (b) el de mestizaje es extremadamente dependiente de situaciones nacionales que no se someten a una homogeneidad latinoamericana. El problema indígena subsiste, por cierto, y recibió, en los diversos países de la región, tratamientos diferentes uno del otro, una vez que ni siquiera esas comunidades indígenas poseen características comunes; además ellas tuvieron, en la historia y en el proceso de mestizaje, que fue real en casi todos los países (con excepción del Cono Sur), roles distintos y muy contrastantes entre sí. A rigor, la sexta tesis sería una no-tesis, dadas las dificultades para su crítica y evaluación con respecto a su adecuación a los casos reales.

**7. ¿Que rol tuvieron las clases populares – obreros y campesinos – en la transformación de la sociedad rural en una sociedad urbana industrial? ¿Y los militares, cuál fue su relación con las diferentes clases sociales en el proceso de modernización desde la era Vargas hasta los años setenta, cuando los militares completan, de alguna manera, la modernización de Brasil, aunque por la vía autoritaria, bismarckiana, tecnocrática?**

La última tesis crítica, como varias anteriores, el legado conceptual y político de los intelectuales de izquierda en América Latina, más específicamente de los militantes de la izquierda ortodoxa, como expone inmediatamente Stavenhagen: “El progreso en América latina sólo se realizará mediante una alianza entre los obreros y los campesinos, alianza que impone la identidad de intereses de estas dos clases.”

En efecto, esto representa una derivación directa de las recomendaciones de Lenin y de Mao, como sabía el sociólogo, pero para aquellos líderes se trataba sólo de cuestiones de táctica para la conquista del poder, no necesariamente para el desarrollo o el progreso de las sociedades. Stavenhagen, a su vez, planteaba que las condiciones sociales del continente no confirmaban esa

tesis, lo que es totalmente correcto, incluso porque en América Latina no existe una clase campesina “ideal-típica”, ni su clase obrera corresponde al modelo con que trabajaron los epígonos de marxismo en otros casos.

Stavenhagen hace consideraciones sobre algunas situaciones revolucionarias en la región: México, Bolivia, Cuba, hasta Brasil pre-golpe militar, para confirmar que, en ningún lugar, esa alianza existió de manera organizada o satisfactoria (se supone que para llegar a un hipotético proyecto de gobierno popular progresista, cuando no hacia el socialismo). Pero él también se deja llevar por el pesimismo de los años de golpes militares y de dominación imperialista, aunque con la esperanza de que la propia crisis podría generar cambios: “con el subdesarrollo cada vez más grande de la mayor parte de América Latina, y al caer ésta en forma creciente bajo el control de los Estados Unidos, a través de gobiernos militares o seudodemocráticos, la situación puede cambiar”. O sea: esa alianza podría ingresar en la agenda política. Stavenhagen enfatiza entonces las muchas diferencias de interés entre las dos clases, lo que repite, en gran medida, algunos clichés típicos del pensamiento social latinoamericano de esa época.

Cabe reconocer que ese era precisamente el gran debate entre los académicos progresistas de los años sesenta – saber si sería posible una alianza obrero-campesina en la dirección de una revolución “democrática”, o sea, capaz de hacer la reforma agraria, en contra de los intereses de los grandes propietarios, y defender salarios mayores para los trabajadores urbanos – junto con el otro gran debate, este más bien concentrado en la izquierda militante, el de saber si la revolución sería democrático-burguesa – o sea, en alianza con el avatar de la burguesía nacional – o si ella sería democrática-revolucionaria, o sea, bajo el comando del partido de la vanguardia, para rebasar la fase capitalista y caminar decisivamente en dirección al socialismo, como habían hecho los revolucionarios cubanos.

Estos dos grandes debates nunca tuvieron, obviamente, una conclusión clara, ni en esa época, ni después. La mayor parte de los intelectuales continuó en la vida académica, muchos de ellos fueron para acciones más consecuentes, algunos desaparecieron en las guerrillas de esos años, casi todas de inspiración fidelista-guevarista, algunas de corte maoísta, pero todas ellas fueron aplastadas por las dictaduras militares o por los regímenes conservadores, en alianza abierta o disfrazada con el imperialismo. Los obreros continuaron trabajando, los campesinos fueron sustituidos por máquinas, emigraron para las ciudades, muchos se modernizaron, grandes

fracciones se mantuvieron marginalizadas, y las clases medias siguieron siendo el fiel de la balanza en los momentos decisivos de grandes crisis económicas o políticas, con militares o sin ellos. De forma general, América Latina mejoró en el capítulo democrático, pagando el costo de muchas turbulencias, un gran despilfarro de oportunidades y alguna orientación hacia la estabilización económica, pero la mayoría de las veces perdida en la mediocridad de las políticas populistas, los ciclos de inflacionismo alternando con intervenciones militares, cuando no estagnación y deflación. La desigualdad social se ha mantenido en los niveles históricamente conocidos, con mejoras puntuales en algunas áreas, pero el panorama general parece haber sido el de una pérdida de oportunidades para países y pueblos, por lo menos cuando se compara América Latina con los indicadores de crecimiento y desarrollo de congéneres en la región de Asia Pacífico.

En efecto, cuando Stavenhagen daba a conocer sus tesis, destinadas a romper cierto consenso académico en torno de falsas ideas – o de aquellas que él juzgaba equivocadas – un economista del desarrollo de los más famosos, el sueco Gunnar Myrdal proclamaba que Asia estaba condenada a la miseria y a la pobreza extrema, y que, si alguna región de la periferia lograra realizar el deseado *catch-up*, o sea, alcanzar el nivel de prosperidad de los países avanzados del Atlántico norte, esa región sería indiscutiblemente América Latina. Pero el sueco lo decía recomendando las mismas políticas que el propio Stavenhagen recomendaba en su tercera tesis, ya aquí listadas y examinadas. Por casualidad se trataba de las políticas de la progresista India de Nehru, casi socialista, en todo caso burocráticamente intervencionista y proteccionista. Ahora bien, durante los 40 años siguientes, no solo América Latina – dominada por un pensamiento de extracción cepaliana-prebischiana bastante similar a lo que pensaba Myrdal, que consistía en un keynesianismo exacerbado, convirtiéndolo de medidas anti-cíclicas en una prescripción desarrollista – pero también en India crecieron muy moderadamente y de manera muy errática, con momentos de recesión o de casi estagnación, mientras que los países dinámicos de Asia aceleraban su crecimiento hacia niveles superiores de desarrollo, con una integración mucho más sostenida en la economía mundial.

Al terminar sus anti-tesis, Stavenhagen afirmaba que los dos grandes obstáculos para el desarrollo de la América Latina serían la existencia del colonialismo interno – lo que remite a la idea de dualidad estructural, que él pretendía recusar – y los fenómenos del imperialismo y del

neocolonialismo. Él no quería terminar de modo pesimista, y por eso creía en una toma de consciencia de la población acerca de la “estructura y la dinámica internas de la sociedad global”, lo que podría conducir a un “análisis más profundo y refinado de la situación latinoamericana, y a una acción nueva más correcta”. No se sabe bien que tipo de “acción nueva más correcta” sería esa, pero ciertamente el “análisis más profundo y refinado de la situación” sería hecho por intelectuales como él, portadores de una consciencia de tipo hegeliano-marxista y capaces de contribuir para ese proceso, quizás, incluso, de conducirlo. Él condenaba, al final, la falsa panacea de la clase media, para él un mito, pues ella no sería capaz de mirar más allá de su propio bolsillo. ¿Será que algo ha cambiado desde 1965?

Paulo Roberto de Almeida  
Hartford, 24/03/2015

Versión en español: Brasilia, 26/05/2015;  
Revisado por Sabrina Duque, en 29/05/2015.